

Moncho está a punto de desmayarse de felicidad.

La mujer más bella que había visto en toda su vida se encontraba ahora a su lado.

Todavía no había sido capaz de abrir la boca desde hacía una hora.

Resulta que cuando Martin y él caminaban charlando tranquilamente por el Retiro, de repente se habían encontrado con un cantaor que hacía llorar de emoción a todas las personas que le rodeaban.

Parecía que había logrado, según Martin, una especie de fusión de fado y flamenco.

Afirmaba que se trataba de algo único en su género.

Como el cante jondo se había convertido en su pasión desde que se había instalado en Madrid, era socio de un restaurante donde todas las noches, tras la cena, los turistas asistían al espectáculo de flamenco.

Él mismo se encargaba de seleccionar a los artistas, y había considerado que aquel tal Marcial era un genio.

El llanto de su garganta, por lo visto, llegaba directamente al corazón.

La verdad es que él de música, especialmente de flamenco, no entendía nada.

Era su punto débil, la verdad.

Lo cierto es que el cine consistía en imágenes acompañadas de sonido, pero él se centraba demasiado en el argumento.

Los diálogos eran también algo importantísimo, y en eso andaba algo flojo.

Martin, cuando leía sus guiones, siempre le hacía la misma apreciación.

Decía que era necesaria una gran cultura para llegar a conocer los pequeños secretos de la emoción humana.

Esa misma tarde, preguntándole por la comedia, le había recomendado leerse La Poética de Aristóteles.

Al parecer, según el gran filósofo griego, la clave para hacer reír estaba en presentar a los personajes como peores de lo que nosotros somos en realidad.

Entonces de ahí habían pasado a Woody Allen, y a su método sistemático de hacernos reír rebajándose él mismo moralmente hasta niveles increíbles.

Sin embargo, cuando se trataba de crear un drama, normalmente no aparecía.

En ese caso, el de la tragedia, había que ofrecer una imagen estoica de los personajes y hacernos ver cómo también los buenos sufrían, lo cual, cuánto peores éramos, más nos reconfortaba.

Shakespeare también conocía estas reglas a la perfección.

La finalidad de tanto sufrimiento era la de producir una catarsis, al parecer otro término aristotélico; es decir, hacer llorar al público, y así, con las lágrimas, lavar sus faltas.

Al parecer se trataba de la mejor terapia y la más efectiva.

Según él, todas las religiones consistían en una burda imitación del teatro trágico, pero que aprovechaban el enganche emocional que producían sus mártires, para alistar a sus adeptos en un inmenso ejército cruel y sanguinario.

Pero la cuestión no era poder lavar las faltas para así seguir cometiéndolas, sino tratar de impedir que nuestra alma fuera nuevamente mancillada.

Aunque eso, tal como estaban las cosas, en plena cruzada y guerra mundial, era misión imposible.

Si ahora la tragedia abundaba más que la comedia, era por eso.

Bueno, la cuestión es que tras el encuentro con el cantaor, mientras Martin le ofrecía su tarjeta y le aseguraba un contrato, había aparecido aquella chica, Mónica.

Los cinco, ellos dos, el cantante, la chica y su novio, se habían dirigido juntos a la manifestación, y ahora se encontraban en ella.

Y viendo a su lado tal belleza, palidece y casi se marea de la emoción.